



Presentación del Señor. Jornada Mundial de la Vida Consagrada

Concatedral de San Nicolás. Alicante, 2 de febrero de 2021

Celebramos la festividad de la Presentación del Señor en unos momentos muy especiales para la Humanidad, una humanidad que sangra por muchas heridas. Hoy, XXV Jornada Mundial de la Vida Consagrada, el mismo lema elegido para la conmemoración nos lo recuerda: “La vida consagrada, parábola de fraternidad en un mundo herido”.

De modo claro el lema de la presente Jornada nos recuerda la condición sufriente del ser humano y las heridas que afectan a la misma creación. El maltrato a nuestro planeta, nuestra casa común, va unida al maltrato, ya crónico, a las personas: el hambre, la indigencia, la guerra, la persecución o la explotación no son cosa del pasado; y a estos males se unen hoy los de los más afectados por la pandemia, que se está cebando con los enfermos, los mayores y los más vulnerables, sembrando también, en sus consecuencias materiales y sociales, altas dosis de aflicción y desesperanza.

En los rostros de los seres humanos sufrientes y necesitados “se miran y se sienten llamados los consagrados”; en las “cunetas de nuestra sociedad encuentran a Cristo”, junto a cada herido “se arrodillan y se entregan, haciéndose prójimos de cada uno sin excepción”. Así, con bellas y elocuentes palabras nuestros obispos, en su mensaje para esta Jornada, apuntan que ellos, nuestros consagrados y consagradas, “en su corazón misericordioso y misionero son parábola de la fraternidad humana”.

Ante el drama de un mundo herido, el lema de la Jornada ilumina el ser y el hacer de la vida consagrada desde la luz de la parábola del Buen Samaritano, gran referencia que Papa Francisco pone ante nuestros ojos en su última encíclica “Fratelli tutti”. Gran referencia para las comunidades y las obras de quienes viven en este mundo su consagración al Señor.

El lema de la Jornada, en fin, nos recuerda la gran necesidad que tiene nuestro mundo de encontrar en la fraternidad el gran remedio a los males de nuestra Humanidad, como nos recuerda el Papa en esta encíclica; siendo la fraternidad bálsamo en medio de tantas divisiones y discordias, medicina para la soledad, la tristeza y cualquier sufrimiento. Especialmente en una pandemia que ha puesto en clara evidencia la fragilidad del ser humano, la vida consagrada nos recuerda que todos somos hermanos, llamados a la ayuda mutua sin abandonar a nadie, presentándonos la vida como encuentro y como servicio.

La fiesta de hoy, precisamente nos ofrece en el relato evangélico que hemos proclamado de S. Lucas, el encuentro del Señor; llevado en brazos de sus padres, se encuentra con su pueblo. Es el encuentro del esperado, en su templo, con aquellos que le esperan; de ahí el nombre original de fiesta del “Encuentro” en Oriente.

Fijémonos en la persona de la anciana Ana, y especialmente en la de Simeón que, lleno del Espíritu Santo, ve cumplida su vida en ese encuentro, como muestra su alegría que es expresión de una real plenitud existencial, como muestran sus palabras en las que reconoce en el niño, al Salvador de todos los pueblos, luz de las naciones, la gloria de Israel.

Cuanto me recuerda esto a aquello que, hace ya años, leíamos por vez primera en el n.1 de “Evangelii gaudium” de Papa Francisco, de cómo el encuentro con Jesús es fuente de gozo, de transformación, de plenitud de vida. Viendo el Evangelio de hoy, la transformación de Simeón, la actitud de Ana, que se dedica a “hablar del niño”, a dar testimonio, es bien evidente el efecto, es bien visible la consecuencia de tal encuentro.

En estos tiempos tan especiales, por los interrogantes, la experiencia de fragilidad, por el dolor, que importantísimo es pedir al Señor vivirlos como oportunidad para experimentar un renovado encuentro con Él. Tiempos abiertos a la gracia del reencuentro con el Señor. Reencuentro que nos cambie, nos transfigure como a Simeón y a Ana. Reencuentro que encienda la propia vocación como consagrados, como sacerdotes, como laicos, como cristianos. Un don del Espíritu Santo para nuestros tiempos de especial dificultad.

Pidamos, especialmente, por los consagrados, hoy; por aquellos y sus comunidades afectadas por la pandemia, con fallecidos y enfermos.

Pidamos por todas las víctimas de estos momentos de pandemia. Pidamos a María y a José portadores de Jesús entonces, que nos lo traigan también hoy, para que ilumine nuestras tinieblas, para que siga siendo luz del mundo y esperanza nuestra. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**

Obispo de Orihuela-Alicante